

REPENSAR LO «RAZONABLE» DE LA FE

Al hilo de la lectura de un libro reciente sobre fe y filosofía ¹

JOSE GOMEZ CAFFARENA

*Facultad de Filosofía,
U. P. Comillas*

Merece un comentario —incluso si ha de ser de obligada brevedad— este libro, cuyo mismo género («epistolar» según el subtítulo) es ya atractivo al ser poco convencional. Lo «epistolar» no ha de entenderse en sentido estricto; es, más bien, un artificio que mira a provocar un debate que implique a las posturas institucionales católicas. Lo más interesante es, sin duda, *el tema del debate*: un replanteamiento de la índole «razonable» de la fe religiosa cristiana, de su relación con las filosofías, de la concepción actual del papel de la Teología fundamental.

UN ALEGATO EN FAVOR DE LA «RAZON DEBIL»

El autor, bien conocido por excelentes libros de filosofía, especialmente versado en el ámbito de la filosofía analítica y en la teoría de la ciencia del siglo xx, es también un creyente católico que no puede menos de plantearse la situación de la fe en relación con esos mundos de pensamiento; no sólo como cuestión personal, sino como una cuestión necesitada de esclarecimiento público. La apologetica tradicional, piensa Antiseri, se ha apoyado en una concepción «fuerte» de la razón, que no es la que hoy prevalece. Propone, pues, como alternativa encontrar desde una razón «débil» un lugar para la fe. Y desea contrastar su discurso con el que encuentra seguir vigente en el ámbito eclesial. Por eso prologa su escrito con una carta al cardenal Ruini, Vicario de Roma y actual presidente de la Conferencia Episcopal Italiana, en cuanto autor de recientes artículos recogidos en el libro *Le raggioni della fede*; pi-

¹ ANTISERI, DARIO, *Teoria della razionalità e raggioni della fede. Lettera filosofica con risposta teologico-filosofica del card. Camillo Ruini*, Edizioni San Paolo, Milano-Torino 1994, 279 pp.

diéndole responda a una serie de preguntas que formula en diversas páginas del libro. El cardenal accede a responder; aunque no al detalle de las preguntas, sino con una breve exposición (pp. 239-264) de su punto de vista en el tema.

Esta es la descripción general del libro. Antes de entrar en las reflexiones que me interesan, daré aún un breve sumario. Contiene cinco partes bastante diversas entre sí. La primera (los tres primeros capítulos) es una exposición de las posturas hoy más comunes en el mundo de los filósofos sobre el alcance cognitivo de las ciencias, sobre el papel de la razón en la ética y sobre el estatuto de una posible metafísica. La segunda parte inicia la presentación del contencioso «fe-razón» evocando el contraste de dos concepciones de la relación, encarnadas en P.-D. Huet (obispo francés del siglo XVIII, de tendencia escéptica) y L. A. Muratori (que lo refutó, insistiendo en la demostrabilidad racional de la existencia de Dios y la inmortalidad del alma).

Las partes tercera y cuarta contienen la que es, a mi entender, la principal aportación; se centran en las *posturas católicas frente a la filosofía de Kant*. Ante todo (parte tercera) las de nuestro siglo: las de los papas León XIII y Pío X (su oficialización —de hecho antikantiana— del tomismo), la del extremoso jesuita Guido Mattiusi (autor del libro *El veneno kantiano*, 1913) y la «asimiladora» de Agostino Gemelli. Kant es —en la consideración de Antiseri y en la historia que él recoge— una figura emblemática que discierne las posturas sobre el papel moderno de la razón y sobre su relación con la fe. En la parte cuarta retrocede Antiseri al final del siglo XVIII, para exhumar la gran controversia, hoy olvidada, que se desarrolló en el ámbito universitario católico alemán de finales del XVIII sobre la aceptabilidad católica de la filosofía kantiana. Hubo impugnaciones (B. Stattler, P. Miotti), no muy diversas de la de Mattiusi (y en las que es perceptible un fondo de temor político a la conexión con la revolución). Pero hubo también entusiastas adhesiones. Entre éstas sobresale la del benedictino Matern Reuss, profesor en Würzburg, que escribió en favor de Kant ya en 1789, se relacionó con el y llegó a viajar a Königsberg en 1792 para visitarlo². Por fin, la quinta parte, aún más heterogénea que las anteriores, presenta en sendos capítulos ideas de tres escritores actuales, el literato francés Maurice Clavel, el politólogo italiano Norberto Bobbio y el fundador de *Comunione e liberazione*, Luigi Guisani.

APRECIACIÓN GLOBAL

Lo que da unidad a un conjunto tan heterogéneo es la contraposición de dos tipos de razón, la «fuerte» y la «débil»; con el consiguiente diverso modo de plantearse su relación a la fe religiosa cristiana. Así lo entiende en su respuesta el cardenal Ruini. Y ello le facilita el mantenerse en un nivel de abstracción en el que puede eludir las preguntas más comprometedoras de Antiseri (básicamente: ¿Kant o Santo Tomás?, ver pp. 68, 141, 190 ss.). Que «el sujeto humano sea capaz de un conoci-

² Matern Reuss (1751-1798) ingresó en el monasterio benedictino siendo ya médico; enseñó filosofía en la Universidad de Würzburg desde 1784, y ya en 1789 escribió un libro defendiendo que se explicara a Kant en las Universidades católicas. Sobre su relación personal con Kant hay una docena de referencias en el epistolario de éste. Es extraña la ausencia de referencias en los diccionarios filosóficos (es excepción el de Gallarate). Son muy pocas las alusiones en libros sobre Kant: algunas hay en J. L. BRUCH, *La Philosophie religieuse de Kant*, y en J. M. ODERO, *La fe en Kant*. Se encuentra reimpresso en la colección *Aetas kantiana* (Culture et Civilization, Bruxelles 1968 ss.) el libro de REUSS, *Die theoretische und Praktische Philosophie* (1797); se trata de un manual, però es muy correcta su interpretación y presentación de Kant.

miento verdadero y cierto (aunque no perfecto, total, absoluto) de la realidad "le parece" convicción y pretensión espontánea de la humanidad» (250-251). Reconoce que de ella no cabe una demostración; pero le parece válida y suficiente su corroboración por la conocida refutación aristotélica de la posición escéptica universal. Me permitiré anotar marginalmente que no creo que Antiseri rechace esto; como tampoco, probablemente, los epistemólogos actuales, que presenta tan acertadamente en su capítulo primero. Sólo les resultará todo ello excesivamente abstracto; sus problemas y sus búsquedas empiezan después. Pero Antiseri ha debilitado su causa acumulando a lo largo del libro posturas muy diversas, algunas con expresiones escépticas muy imprecisas.

Lo más aleccionador es, quizá, el contraste de los dos discursos. El del cardenal es una pulcra exposición sintética de la doctrina teológica católica tradicional sobre la fe y su índole «razonable», que cuida de tener al día sus referencias, incluyendo las oportunas al Vaticano II. Su distancia mayor con el discurso de Antiseri está en la diversa sensibilidad: en la predilección por teoremas muy generales y, en no acoger la impresión que deja la historia del pensamiento moderno de *progresiva flexibilización de lo que entendemos por «razón»*. El discurso de Antiseri tiene, por el contrario, esa doble insistencia: busca lo concreto y rezuma persuasión de la flexibilización operada. El denominar «débil» a la razón reciente, más madura, no es lo más importante; y es arriesgado, por ser una nueva generalización ambigua, a la que puede objetarse su uso abusivo y laxo por los escritores «post-modernos». Pero es difícilmente negable el fondo que Antiseri quiere expresar.

El lector suficientemente iniciado no puede, quizá, evitar una primera impresión de diálogo de sordos. Pero puede intentar superarla hasta llegar a encontrar complementarias las posturas —más allá de ciertos puntos antagónicos concretos donde se le impondrá optar—. Esto es lo que hace al libro más atractivo: que el lector no puede sentirse indiferente. Ya está viéndose que yo no he podido evitar entrar en el debate. Voy a fijarme, en primer lugar, en el tema de fondo, la relación de la razón a la fe; en segundo lugar, me referiré a Kant, que es para Antiseri el momento clave del paso de la «razón fuerte» a la «débil».

LO «RAZONABLE» DE LA FE

Conviene comenzar disipando un posible equivoco verbal. El cardenal Ruini —que reclama, frente a Antiseri y apoyándose en San Agustín (241), la presencia de la razón en el camino a la fe (para que ésta sea plenamente humana y no incurra en fanatismos)— denuncia el que Antiseri se refiera al modo clásico de hacerlo, el propio de la «razón fuerte» (frente al simple «abrirse a la fe» de la «razón débil») como «fundar la fe»; aduciendo que la fe «propriadamente hablando, no puede tener más fundamento que Dios que se revela por Jesucristo» (239). El lenguaje crea aquí un innecesario problema con el doble sentido del verbo «fundar». El creyente acaba *creyendo* que Dios se revela y que ahí está el *último* «fundamento» de su fe; pero no podrá llegar ahí si no cuenta con una cierto «fundamento» *humano* para ello. Y es ahí donde el creyente debe entablar diálogo con el ser humano: el otro y el que él mismo es. Es la doctrina clásica de los *praeambula fidei*, que Antiseri acepta. Lo que llama «fundar la fe» es sólo un tipo más racional y asertivo de preámbulo. Más que desviar la atención hacia el Fundamento último, interesa apreciar qué diferencia real —en el plano de los preámbulos— ofrece su alternativa «débil» (el «abrirse a la fe»). ¿Es tanta esa diferencia? Dado que la fe va en todo caso más allá de sus pre-

ámbulos, se suele rehusar llamarla «racional», dejándola en «razonable». Es un término que Antiseri aceptará. Lo que él propugna es, en definitiva, *una flexibilización de las condiciones de «lo razonable»*.

Es cierto que los autores más «escépticos» de su heterogéneo aglomerado podrían desbordar ese planteamiento. Hubiera, por ello, sido mejor seleccionar más. Pero, en todo caso, Antiseri los aduce como indicios de la tendencia de la razón moderna a una progresiva «debilidad» y para rechazar el contraste masivo que les hicieron, y hacen aún, presentaciones duras de la razón «fuerte»; sin que esto signifique se identifica en todo con cada uno. Para colegir dónde están sus preferencias creo que lo más significativo es su descripción de las *metafísicas hoy posibles* (cf. pp. 58-65): son teorías no estrictamente «refutables» (en cuyo caso serían científicas), pero sí criticables (por teorías científicas acreditadas), que son coherentes y que aportan respuestas a preguntas humanas ineludibles. Metafísicas así son «plausibles». Son también «indecidibles» (en sentido estrictamente racional; por lo que el asentimiento a ellas tiene algo de opción). Ateísmo y teísmo son para Antiseri (67) dos metafísicas racionalmente indecidibles». Asume con ello que la fe cristiana — que sin duda es una actitud más compleja — implica en su vertiente intelectual asertos «metafísicos», en respuesta a la ineludible pregunta por el «sentido de la existencia. Subraya la libertad de la fe; un punto en el que está de acuerdo Ruini. Lo que los separa es la concepción de la índole «razonable» del creer. Antiseri dice querer «reconstruir el *espacio de la fe*» (Ibid.), «rediseñando la relación fe-razón» (69). ¿Cómo?

EL DEBATE SOBRE KANT

Aquí es donde resulta esclarecedor el papel central otorgado a Kant. Me parece históricamente correcto verlo como el punto de inflexión en el tema. Las lecturas de católicos angustiados han solido detenerse en su destrucción crítica de las pretendidas demostraciones racionales —*homogéneas con las científicas*— de la existencia de Dios. Y han entendido el ulterior recurso kantiano a la «fe» como un tipo más del «fideísmo» al que propendía siempre el mundo reformado y que caracterizaría después posturas del xix y el xx. Pero esto es un contrasentido: Kant habló de «fe racional» (*Vernunftglaube*), consciente de lo que la expresión tenía de paradójico. Buscó para sus «postulados de la razón práctica» un estatuto que los distinguiera así del conocimiento científico como de una «fe» basada en el sentimiento; fue frente a F. H. Jacobi como definió su propia postura (no le da buena compañía Antiseri con Huet, Kierkegaard y Clavel). Kant acabó llamando al postulado «prueba moral de Dios» (*moralischer Gottesbeweis*). La resituación kantiana del «lugar de la fe» incluye a la razón, aunque no a la científica.

No es nada de extrañar que creyentes católicos cercanos al filósofo vieran esa «fe racional» kantiana como una mediación oportuna para flexibilizar también lo «razonable» de su «fe de revelación». Aquí es menester percibir bien que no se trata en modo alguno de *sustituirla* por la «fe racional». Sino de «mostrarla razonable» con su ayuda. Resulta así un «razonable» complejo, *de doble nivel*. En un primer nivel está la «fe racional» —ya no «científicamente racional» y, por eso, con una primera flexibilización, que implica un elemento opcional—. La fe cristiana se sitúa en un nivel ulterior; que exige una ulterior opción, sólo posible con el apoyo de la tradición histórica sobre el hecho fundacional cristiano —así como el apoyo interno de la gracia, como inculcará la misma tradición—. No negó Kant por principio la posibilidad de

una «fe de revelación», con base histórica: según el prólogo de la segunda edición (1794) de su libro sobre la religión, es como un «círculo externo», *concéntrico* con el de la religión de la fe racional. Kant no mostró mucho entusiasmo por ese segundo nivel de «fe» —cuando escribía el libro quizá era ya más «post-cristiano» que cristiano—. Pero pensó no sólo que era obligado reconocer el hecho de las religiones históricas que apelan a la revelación, sino que el mejor modo de llevar adelante su intento de indagar las estructuras de la religión «dentro de los límites de la mera razón» (círculo interior) era colegirlas desde las estructuras del cristianismo.

La más interesante aportación concreta de Antiseri es su redescubrimiento de las adhesiones católicas kantianas de la primera hora, sobre todo la de Matern Reuss. Es sabido que en nuestro siglo se ha operado, a partir de Blondel y Maréchal, una importante reaproximación católica a Kant. Pero ha sido siempre entre grandes recelos. Los mismos que hacían la aproximación han puesto el máximo acento en superar lo que tiene de negativo para la posibilidad metafísica la filosofía teórica kantiana. Lo cual es algo comprensible y justificado; pero que no tendría que excluir un reconocimiento más generoso del valor de la básica «fe racional» y su fundamentación en la «razón práctica». El buscar el preámbulo de la fe más en el ámbito ético que en el teórico resulta cercano al espíritu del Evangelio; y causa extrañeza no se hiciera más antes de Kant. (Filosóficamente, me permito añadir, el postulado del «Supremo Bien originario» basado en la actitud ética puede conducir a una fecunda reintegración originaria de ser y valer, ya libre de la conocida denuncia de Hume.)

Quiero terminar expresando gratitud al coraje mostrado por Antiseri en su atípico libro. El «dar razón de la propia esperanza» urge al cristiano de hoy no menos que al de ayer, aunque de forma diversa. El libro invita a un debate en el que cada creyente culto —como también cada disidente respetuoso— debería poder tomar posición consciente y personalizada.